

15 de enero de 2017

JORNADA MUNDIAL DEL EMIGRANTE Y DEL REFUGIADO

Menores migrantes vulnerables y sin voz. Reto y esperanza

ORACIÓN

Señor, soy pequeña, no me dejes que estoy perdida.

Dejé atrás mi casa y mi familia. El ruido de bombas, la muerte de mis hermanos, el polvo, los escombros... Todo destruido. Llora, pero nadie me escucha.

Mi madre me llevó consigo, anduvimos durante semanas, caminando... siempre caminando.

Pasamos a otro país en una pequeña barca, con mucha más gente: tenía frío, sed... Había más niños y los bebés lloraban, hasta que vimos luces y llegamos a la otra orilla. Todos teníamos miedo.

Señor, soy pequeña, no me dejes que estoy perdida.

Los militares nos miraban en aquel campo de tiendas. Tenemos poca comida, ya no hay colegio y no sé dónde estarán mis amigos. Somos muchos, también hay ancianos, todos estamos cansados. Dicen que ya no se puede pasar porque la frontera está cerrada.

Señor, soy pequeña, no me dejes que estoy perdida.

Ayer vino un hombre y me ofreció dinero por acompañarle. Mi madre llora, desespera. Seguimos caminando. Hemos dado mucho dinero para poder pasar. No quiero recordar, es mucho sufrimiento. Hemos visitado otro pueblo, pero nos miran mal. Nos llaman terroristas.

Señor, soy pequeña, no me dejes que estoy perdida.

Por fin, llegamos a un centro de acogida, voy al colegio. Nadie me conoce, no sé hablar su idioma. Me acuerdo de mi maestra, de mis compañeros de clase. Seguimos solas, yo y mi madre. Ahora hay quien nos ayuda. Me han dado una tarjeta, que pone mi nombre y debajo la palabra "refugiada".

Señor, soy pequeña, no me dejes que estoy perdida.

COMUNIDAD EN CAMINO

2º T. Ordinario - Ciclo "A"

15 ENERO 2017

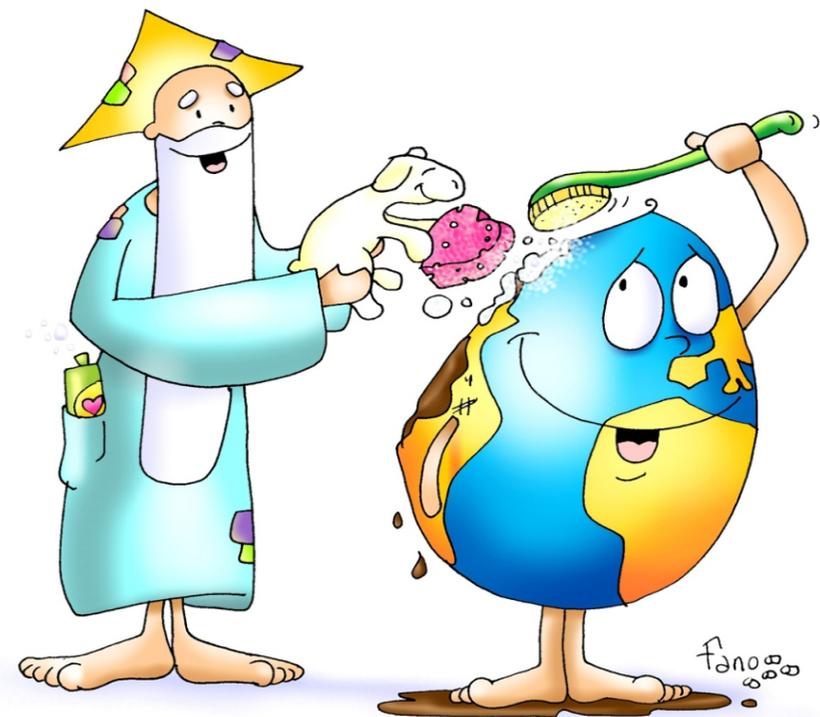
FRAILES DOMINICOS - MADRID

“Este es el
Cordero de Dios
que quita el
pecado del
mundo”



NTRA. SRA. DE ATOCHA

Avda. Ciudad de Barcelona, 1 www.parroquiadeatocha.es



Cualquier tiempo litúrgico es el tiempo de Jesús, es “la plenitud de los tiempos. La Iglesia quiere distinguir aquellos tiempos en los que se celebran o nos preparan a celebrar los momentos culmen de su existencia, como el nacimiento, su muerte, su resurrección: son los tiempos “privilegiados” o “fuertes” extraordinarios, y el resto del tiempo litúrgico que nos recuerda a Jesús en su misión predicadora y profética, del día a día, es el tiempo “ordinario”. Este domingo es el segundo del tiempo “ordinario”.

En el texto del Evangelio escuchamos cómo Juan apuesta claramente por Jesús porque ha visto descender sobre él el Espíritu. Hay una expresión sorprendente en esa presentación. La costumbre de utilizarla en la misa oculta esa sorpresa: Jesús es presentado como el “cordero de Dios”. No parece que haya relación muy directa entre un cordero y un predicador, un profeta. Los estudiosos de la Biblia dicen que Juan al mostrarle de esa manera tenía presente el cordero pascual, aquel cuya sangre identificaba las casas de los judíos y les libraba del exterminio; aquel, cuya carne serviría para alimentar el inicio de la liberación del pueblo de la esclavitud de Egipto. Jesús sería así presentado como quien liberaría a su pueblo.

En la primera lectura nos encontramos con una de las profecías de Isaías sobre el siervo de Yahvé. En este texto se relata su llamada o vocación a ser luz de las naciones. Pues bien, este siervo será llevado, profetizará el mismo Isaías, al matadero como un cordero inocente.

Jesús nos trae, dice la segunda lectura, la paz y la gracia; en él somos santificados, en él somos llamados a ser santos. Para ello, como el mismo Jesús, necesitamos la fuerza del Espíritu. El testimonio de Juan el Bautista, su apuesta a favor de Jesús, se apoya en que ha visto descender sobre Jesús el Espíritu en la forma de un animal, sencillo e inofensivo como el cordero, la paloma.

Isaías 49,3-6 / 1ªCorintios 1,1-3 / Juan 1,29-34

No me des todo lo que pido. A veces, sólo pido para ver hasta cuanto puedo coger.

No me grites. Te respeto menos cuando lo haces, y me enseñas a gritar también. Y yo no quiero hacerlo.

No me des siempre órdenes. Si, en vez de órdenes, a veces me pidieras las cosas, yo lo haría más rápido y con más gusto.

Cumple las promesas, buenas o malas. Si me prometes un premio, dámelo, pero también si es un castigo.

No me compares con nadie, especialmente con mi hermano o mi hermana. Si tú me haces sentirme mejor que los demás, alguien va a sufrir, y si me haces sentirme peor que los demás, seré yo quien sufra.

No cambies de opinión tan a menudo sobre lo que debo hacer. Decide y mantén esa decisión.

Déjame valerme por mí mismo. Si tú haces todo por mí, yo nunca podré aprender.

No digas mentiras delante de mí, ni me pidas que las diga por ti, aunque sea para sacarte de un apuro. Me haces sentirme mal y perder la fe en lo que me dices.

Cuando yo haga algo malo, no me exijas que te diga por qué lo hice. A veces ni yo mismo lo sé. Cuando estés equivocado en algo, admítelo, y crecerá la opinión que yo tengo de ti, y así me enseñarás a admitir mis equivocaciones también.

No me digas que haga una cosa y tú no la haces. Yo aprenderé siempre lo que tú hagas, aunque no lo digas. Pero nunca haré lo que tú digas y no hagas.

Enséñame a amar y a conocer a Dios. Aunque en el colegio me quieren enseñar, de nada vale si veo que tú ni conoces ni amas a Dios.

Y quíereme. Y dímelo. A mí me gusta oírlo decir, aunque tú no creas necesario decírmelo.